

Los abusos sexuales del clero

EN los últimos

años y en varios países occidentales (USA, Canadá, Irlanda, Austria) han saltado a la calle casos —no tan pocos— de abusos sexuales cometidos por sacerdotes y religiosos. En algunas diócesis de Estados Unidos varios obispos han publicado cartas sobre este problema. En Irlanda la forma como ha sido tratado un caso de abuso sexual de un sacerdote ha llegado a desencadenar una crisis de gobierno. Se trataba de Brendam Smyth, sacerdote irlandés actualmente en prisión. Su caso era ya relativamente conocido desde el año 1964. Se tiene la impresión de que los superiores eclesiásticos han sido negligentes, a lo largo de todos estos años, en tomar las necesarias medidas. No hace mucho se ha denunciado públicamente al arzobispo de Viena. Recientemente se ha publicado aquí alguna obra en la que, al hablar de cómo el clero cumple o no cumple el celibato sacerdotal, de algunos casos reales se hace una extrapolación a conclusiones generalizadas. La discusión ha recibido materiales nuevos con la presentación en España de la obra del conocido y discutido teólogo alemán E. Drewermann sobre los clérigos.

Sería irresponsable cerrar los ojos para no querer ver ese lado oscuro de la Iglesia. Hay documentos de arzobispos canadienses, americanos y británicos y hasta algún

documento colectivo de conferencias episcopales sobre este problema. Es necesario destapar esa herida, pues de herida se trata. Procuraremos hacerlo con limpieza, con honradez, sin falsas piedades y con sobriedad.

*1. La Iglesia reconoce que ese hecho se da. Son conocidos algunos casos de sacerdotes de Estados Unidos que se han suicidado al haber sido acusados de haber abusado sexualmente de menores. Hay varias publicaciones y estudios sociológicos sobre la conducta sexual de los sacerdotes. Tal vez una de las primeras fue la de Jason Berry, **Lead Us Not Into Temptation**, publicada en 1992. O la de A. W. Richard Sipe, **A Secret World: Sexuality and the Search for Celibacy**. Diversas diócesis americanas han constituido comisiones para el estudio de los casos y delitos. Como resultado de estudios que, al parecer, son fiables, en los últimos veinticinco años uno de cada quince sacerdotes en la diócesis de Chicago habría cometido ese delito de abuso sexual. Ésta es la conclusión que formula Andrew Greeley, profesor de sociología en la universidad de Chicago. El psicoterapeuta Richard Sipe en el estudio citado más arriba, refiriéndose a la sexualidad de los sacerdotes americanos, descubre inclinaciones sexuales hacia los niños en un 2 por 100 de los sacerdotes.*

ES cierto que las cifras que arrojan esos estudios no son tan multitudinarias como las que figuran en los grandes titulares de alguna prensa más o menos sensacionalista. Pero aunque quitemos ceros a las cifras no por ello disminuye la gravedad del delito de abuso.

2. Este hecho es doloroso. Ante todo para las propias víctimas y requiere reparación por parte de la Iglesia. Tal vez la propia Iglesia, hasta hace muy poco, había aparecido más preocupada por preservar en lo posible su buen nombre o la fama de los sacerdotes que por el destrozo que un delito de abuso causa en la psicología tierna de un niño. En los últimos años, algunas diócesis americanas han tenido que desembolsar grandes cantidades de dinero para indemnizar a las víctimas y para pagar los gastos originados por los

procesos ante los tribunales. Sólo en 1992 la diócesis de Chicago dedicó casi dos millones de dólares para el tratamiento de las víctimas de abusos y de los sacerdotes delincuentes, además de las cuestiones judiciales.

Afortunadamente va cambiando la sensibilidad en las autoridades de la Iglesia. El arzobispo Pilarczyk, como presidente de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos, pedía públicamente perdón en 1992 por el daño causado a las víctimas de estas agresiones sexuales. Pero aún queda un largo camino hasta que los responsables de la Iglesia se coloquen al lado de las víctimas de abusos sexuales, cometidos por sacerdotes, para tomar, desde allí, las medidas necesarias. Aquellos que en su infancia han sido víctimas de abusos sexuales necesitarán mucho tiempo para recuperarse y posiblemente ya no lleguen a lograrlo del todo.

3. Es un hecho irritante. Son fácilmente comprensibles los sentimientos de rabia, de deseo de venganza, de angustia violenta, de decepción que estos delitos pueden suscitar en no pocas personas. El sacerdote aparece como el hombre de Dios.

Cuando se descubre que ha utilizado su privilegiada situación de prestigio moral y autoridad para abusar de personas inmaduras, que difícilmente pueden defenderse, es casi inevitable que explote una reacción violenta.

***ESTA** irritación crece cuando se observa la insistencia, no siempre explicable, de la enseñanza de la Iglesia sobre cuestiones de moral sexual. La doctrina de la Iglesia sobre esta materia no suele ser comprendida y no siempre resulta comprensible. Y esto no sólo por la ceguera egoísta del corazón humano. Se entrecruzan en el discurso moral de la Iglesia cuestiones de diversa importancia y de desigual justificación. El bloque de «aborto-adulterio-control de natalidad-procreación asistida», condenado en todos sus términos y aparentemente con la misma firmeza, como si todos los casos revistiesen la misma gravedad, hace menos creíble la predicación de la Iglesia en esas materias. Si se contraponen las páginas doctrinales de la Iglesia que enseña con las crónicas periodísticas o acusaciones judiciales contra los sacerdotes que delinquen, más de uno recordará la frase*

de Jesús dirigida a los fariseos: *Hipócritas, que imponéis a los demás cargas que vosotros no sois capaces de llevar.*

¿Qué hacer?

1. Es necesario hacer luz. Saber qué es lo que pasa y hasta dónde llegan los casos de abuso. Las acusaciones que se produzcan deben ser cuidadosamente comprobadas. Algunos sacerdotes en Estados Unidos se han quitado la vida al no poder soportar una acusación que luego resultó ser infundada. Por su parte los católicos no deben poner obstáculo alguno a la investigación de posibles delitos en esta materia. La actuación de las autoridades eclesiásticas debe ser clara. En algunas diócesis se ha acusado de pasividad a los responsables de la Iglesia y algún obispo de Canadá (St. John's-Newfoundland) se ha visto forzado a presentar la dimisión por no haber actuado con mayor decisión.

2. Nuestra sociedad tiene que seguir trabajando, no sólo para saber lo que pasa sino para descubrir las causas de por qué pasa lo que pasa. Esta afirmación, referida a los casos de abuso sexual de niños, parecería innecesaria. Y, sin embargo, no lo es. J. A. Loftus, psicólogo especializado en el tratamiento de sacerdotes y religiosos y director en un centro (Southdown) al norte de Toronto afirma expresamente que sabemos muy poco acerca de la etiología y el desarrollo de estas formas anormales de expresión sexual y llega a decir que la información sobre el desarrollo psicosexual, en general, el normal y mucho más en los casos de desviación o anomalía, se encuentra en un estadio francamente primitivo.

NO tiene mucho fundamento pretender, como hacen algunos, vincular estrechamente el celibato sacerdotal obligatorio con estas expresiones sexuales anómalas. «No hemos observado —afirma el doctor Jordi Font, SJ, profesor de Psiquiatría en Barcelona, con una experiencia de treinta años de trabajo en la Fundación Vidal i Barraquer y más de 10.000 casos atendidos— ninguna psicopatología que pueda ser calificada

como específica de las personas célibes. La sexualidad del célibe debe alcanzar el mismo nivel de madurez de quien vive la sexualidad en pareja». A conclusiones parecidas llega el profesor E. Kennedy, que ha estudiado numerosos casos de pedofilia y concluye que la incidencia de esta tendencia en los sacerdotes católicos no es mayor que en otros grupos profesionales. Es claro que el celibato algo tiene que ver con la actual situación pero no, ni mucho menos, como causa desencadenante. La inclinación a la «efebofilia», «pedofilia» o «pederastia» es un síndrome adquirido en los primeros años y está hincada en las vivencias infantiles de algunas personas. La mayor parte de quienes la practican son hombres casados, con apariencia respetable, que por su profesión u ocupaciones están más en contacto con la niñez y juventud. Dentro de ese porcentaje de culpables, un pequeño tanto por ciento corresponde a sacerdotes. Y esa misma inclinación y delitos se dan también en otros ministros de Iglesias no sujetos a la ley del celibato.

3. Sin negar nada de cuanto se ha dicho, también necesitamos avivar el sentimiento de compasión hacia el ser humano. De ninguna manera pretendemos difuminar la responsabilidad de los casos que se dan, los conocidos y los no conocidos, inoculando en cada persona una pequeña dosis de culpabilidad para hacernos «más comprensivos» ante los abusos. Pero tampoco podemos olvidar que la sexualidad, como dimensión muy profunda de la persona, es una confluencia inexplicable de misterio, de gozo, de dolor y fuente de conflictos. La configuración y desarrollo sexual, la orientación y la conducta de las personas no siguen una trayectoria rígidamente rectilínea y siempre y del todo inequívoca. En el entramado psicológico de las personas adultas, casadas o célibes, no suele ser posible señalar con exacta claridad dónde termina lo normal y dónde comienza lo patológico.

PRODUCE un cierto estremecimiento leer el número de las personas de quienes se abusó sexualmente cuando eran niños. A. Fuller en una publicación (1959) del **Journal of American Medical Association**

(JAMA) estima que cada año en Estados Unidos entre 100.000 y 500.000 niños son molestados sexualmente, y Baker & Dunkan en 1985 afirmaba que el 10 por 100 de los adultos británicos admitían haber estado involucrados en ese tipo de experiencias en su juventud. Una encuesta a 2.000 personas, dirigida por Rosetti, vicepresidente del St. Luke Institute de Maryland, arrojaba el siguiente resultado: el 23,8 por 100 de las 1.234 mujeres que contestaron y el 16,3 por 100 de los hombres admitieron haber sufrido de pequeños violencia sexual de alguna persona mayor. Téngase en cuenta que la mayor parte de las víctimas de abusos sexuales (niñas y jóvenes) han sufrido la agresión de sus propios padres o familiares varones. Estos datos, que por las fuentes de donde provienen parecen merecer confianza, nos sitúan ante un porcentaje mucho más elevado de lo que en un principio hubiéramos supuesto. Piénsese en el poder devastador de estas cifras por todo lo que implican de agresión brutal y fuente de trastornos serios y pulsiones a veces irresistibles. El desarrollo sexual de las víctimas queda seriamente perturbado. No es imposible, además, que al hacer a alguien víctima se le haya empujado compulsivamente a ser en el futuro un agresor.

4. Y por fin, la Iglesia

EL delito sobre el cual venimos reflexionando tiene, por desgracia, raíces antiguas. Ya en el año 309 el canon 71 del Concilio de Elvira determinaba que «las personas que abusen sexualmente de los niños no podrán recibir la comunión ni siquiera al final de su vida». Esta medida en aquella época resultaba de gran dureza toda vez que el abuso sexual de niños pequeños estaba, por desgracia, bastante extendido.

En esta y en otras muchas ocasiones cada uno de los creyentes se tropieza cada día no sólo con la Iglesia de Jesucristo sino con la Iglesia de los pecadores. Ya en el siglo II Tertuliano, en sus exigencias perfeccionistas, decía que la Iglesia de su tiempo no era la iglesia del Espíritu sino una casa de

prostitución porque no excluía a los adúlteros para siempre de la comunidad. La Iglesia es capaz de predicar grandes ideales pero después en la vida del cada día se descubre también capaz de acomodarse en la mentira, en la hipocresía, en la codicia, en definitiva en el pecado. No se puede decir simplemente que en la Iglesia hay algunos miembros que son pecadores pero «ella» está por encima de la debilidad. Aunque la Iglesia distinga entre la santidad esencial y la pecaminosidad de sus miembros, de cara a la sociedad civil esta distinción difícilmente tiene cabida. Sólo hay una iglesia.

Y esta misma es la que reza, la que trabaja en muchos rincones del mundo por los desheredados de esta tierra, la que se calla cuando debe gritar, la que traiciona, la que es infiel, la que delinque.

*Las encuestas de **The Boston Globe** entre los seglares católicos con ocasión de un escándalo de abuso sexual en aquella ciudad revelaban deseo de aclarar hasta el fondo los casos, sentimientos de rabia, la necesidad de una mayor vigilancia y cuidado de los niños pequeños, pero no detectaban pérdida de la fe. Y es que, como gritaba con lágrimas en los ojos la madre de otra de las víctimas de abuso sexual —así se narra en el **Bill's Kurtis Investigative Report**—, «No les permitiré que me arranquen mi fe».*

LOS católicos pueden alegrarse por la constelación de personas buenas que humanizan el mundo con su generosa presencia. Pero tienen que cargar además con el peso de maldad que también ellos generan. Trigo y cizaña crecen juntos en la intimidad de cada una de las personas. Recordarse esto a sí mismo y a la propia Iglesia no nos hace menos decididos en la lucha contra el mal. Pero desde luego deberá hacernos menos «suficientes», menos arrogantes.